

De la lectura de la literatura

JUAN CARVAJAL

Introducirse en la literatura es un proceso nada fácil ni (sólo) placentero, representa una confrontación entre la valoración del mundo de cada lector y la asimilación o rechazo del autor que se lee, es decir del autor "en cuestión". La operación lectora pone igualmente en cuestión el sistema conceptual y sensible de quien lee, es una revelación a la vez que una clausura o una serie incesante y alterna de ambas; es decir es una confrontación, tanto connubio como choque, de donde surgen a la vez profundizaciones del acuerdo como violencia y desarmonías. Sin embargo los instantes de iluminación pueden derivarse más de estas últimas que del acuerdo y volverse por ese elíptico acceso necesarias y enriquecedoras. Los elementos que participan en el rito lector cambian de signo según sean sometidos a o provengan de diferentes contingencias o ritmos; a veces esa mutación es instantánea y vertiginosa, y otras obedece a lentas asimilaciones de meditación, de reflexión, al mero paso del tiempo o al imprevisible azar. Siendo como es una de las operaciones que por magna vía nos conducen al saber, los peligros que comporta son por lo mismo innumerables e imprevisibles. Una lectura puede (igual que una persona) salvarnos tanto como perdernos y no estoy seguro que con mayor frecuencia no ocurra lo segundo.

Acto de incantación y conjuro, leer despierta en nosotros innumerables resonancias, imágenes, sentimientos, estructuras modélicas; pero estos fantasmas, que se volverán creadores de realidad, no son sólo y necesariamente "benignos", nos pueden con frecuencia extraviar más aún en la medida en que nos ocultan su aspecto equívoco y nos ofrecen una expresión de *positividad* o bien de calurosa y solidaria humanidad. ¿Quién nos dice en qué se convertirá la insidiosa piedad que nos invade ante Raskólnikov, y que un aciago día, nosotros, en una instancia semejante, al subir las escaleras...? Dios no lo quiera. Pero podría ser, claro está, y más en la medida en que seamos fieles y consecuentes lectores. Aunque, del otro lado de la balanza, puede igualmente acontecer que un endurecido lector se invada para siempre de legítima compasión al cono-

cer en la prosa de un escritor *maldito* (Bataille) el unánime perdón que los padres de las víctimas infantiles sodomizadas y descuartizadas (casi mil) otorgaron de rodillas y orando por la salvación de su alma al horrendo Gilles de Rais. Y desde luego no hay nada que nos asegure los caminos que tomará nuestra elección. Vamos, ni siquiera hay nada que nos garantice que estos caminos serán elección *nuestra*.

Este carácter no lineal ni dialéctico del conocimiento es uno de los tesoros que extraemos de nuestra inmersión en el océano de la literatura. Junto con el volver realidad la imaginación (labor de dioses), tangible el mundo de la creación. Los personajes del drama son reales en nuestro espíritu desde el instante en que experimentamos un movimiento de empatía o rechazo hacia ellos. Y lo son de una formidable manera, ya que permanecen en nosotros a través del tiempo; las figuras literarias viven a lo largo de nuestra vida y *sabemos* que vivirán después de ésta; dialogamos de manera incesante con ellas o con el mundo desde ellas; "más que las lunas de la noche puedo recordar las del verso", decía el poeta. ¿En dónde están los personajes de la ficción cuando no están siendo leídos? En nosotros, por supuesto. Cuando los memoramos, es el preciso instante en que ellos nos "novelizan", nos convierten en percibidores, nos exigen ser el "personaje memorador"; el predicado actúa aquí sobre el sujeto, como por otra parte ocurre en la interacción de términos de la metáfora, ese símbolo del quehacer literario.

En el mundo de la literatura viven también, junto a mil y un otros elementos, los dichosos y bienaventurados sinsentidos —tan llenos de sentido—, así como esas frágiles y férreas figuras de la credulidad que suelen ser desvariantes y absurdas pero que sin embargo dotan a la existencia de óptimos significados. En su polifónico ser, la literatura nos muestra contradictorias y complejas formas de la multiforme verdad. Nos muestra, por ejemplo, que aun si aceptáramos el grotesco desvarío en que nos convertiríamos si la humanidad en pleno se proclamara monoteísta, se desprenderían de la lectura de las obras literarias

tantos dioses como individuos implicados, narrados, ya que la imagen de ese improbable dios único diferiría tanto de sí en el entrevero de los caracteres y de las lecturas que sería irreconocible por necesidad al pasar del uno al otro. La proyección de ese impensable e inabarcable *Uno* resultaría tan compleja como el posible número de protagonistas, o de lectores.

Ésta es una de las razones de la infinitud del ser literario: el número de sus personajes, aunque no de sus situaciones, es, como en las cosmogonías del hinduismo, literal y literariamente infinito. Por eso la literatura (la buena) es y ha sido siempre pagana, aunque trate de "Dios", pues esta imagen, espejo de todos y de nadie, no puede serlo de alguno en particular, excepto en la oración o en la reflexión íntima. De ahí las imposibles tríadas de las cosmogonías cristianas, hinduistas y otras para referirse a lo innumerable. La literatura es la matriz del mito; sus multiformes y demoniacas o divinas criaturas encuentran allí y sólo allí su tierra firme; la novela, el relato, el drama, la poesía y aun el ensayo son la geología (y la teología) descriptiva de ese reino cuyas criaturas jamás mueren, ya que son no-nacidas, sólo *renacen*: Ulises pasa de Itaca a Dublín sin que a nadie se le ocurra pedirle pasaporte alguno y sin escatimarle sus bien (o mal) ganados atributos ciudadanos. O a Pedro Páramo en su Comala. Libre y prodigiosa patria esa, por trágica que sea.

Así también sus páginas, sus navíos, corren por el mundo y los mundos hasta llegar a ti sorteando los escollos de las lenguas, las Caribdis o Caribes de las inhábiles traducciones, y otros avatares (galicismo). Al final no hay obstáculo que no venza. Ella penetra como buena hija de Mercurio en la materia más resistente, invade las inteligencias más opuestas, nos lleva hacia donde se dirija su aliento purificador y bélico, el mismo que quita el sueño y trae al hombre altos sueños. Vive donde habiten sus devotos servidores, los que entablan con ella un cuerpo a cuerpo "mortal por necesidad", esa lucha en la que, si combatimos con lealtad y sucumbimos, saldremos de ella con la derrota a cuestras múltiplemente fortificados por su espíritu: si emergemos —lo que no siempre es seguro— de ese combate arduo y de incomparable disfrute que adquiere la forma de "dar vuelta a la página".

He aquí algunos ejemplos. (Habla el autor):

Escribir:

Abrí mi cuaderno —este cuaderno— en esta página y tomé mi pluma fuente preferida —ésta—. Escribí las palabras anteriores y estas que ahora lees, y leo: "Abrí mi cuaderno..." Pero ¿era eso lo que quería escribir cuando tuve el impulso de abrir este cuaderno? En *este* instante ya no lo sé, si antes lo supe. En un principio, debo decirlo, mi intención "parecía" otra: escribir sobre el acto de escribir —¿y no es lo que estoy haciendo?—, sobre los misteriosos hilos que nos mueven en el instante de trazar signos sobre la blanca página. O de narrar los innumerables obstáculos con que tropieza el que narra. Quería escribir pero al mismo tiempo leer. ¿Leer qué? ¿Los

libros que están a mi derecha: tratados filosóficos, ensayos, historia, o los que están a mi izquierda: poesía, literatura; los que están sobre mi cama o sobre mi mesa de noche, los del estante sin leer, los ya leídos? ¿Quizá los que están desde hace tiempo en el pequeño cuarto del jardín, o el que dejé ayer sobre el sofá? Me decido por éste y voy con él a la sala, pero en la mesa del televisor encuentro los periódicos del día. Dejo el libro y abro uno de ellos en las páginas de política; pero el otro contiene mayor información sobre algo que pienso que me interesa más, la cultura, de manera que lo abro al azar y resulta ser la sección deportiva, que siempre reservo para el final. Tomo un café mientras veo los resultados (que ya conozco, pues los vi anoche por la televisión) y me dirijo de nuevo hacia el libro. Antes de llegar a él miro desde la ventana el jardín, hacia el lugar donde ayer plantamos una clavellina blanca. Una mujer, con el pelo cenizo de los centroeuropeos, no demasiado joven, se dirige en traje de baño hacia la alberca. Me olvido al instante de la lectura (¿de la escritura?) y pienso que escribiré sobre ella, que será de todos modos un magnífico punto de partida: lo imprevisto de su aparición entre los naranjos, lo misterioso de su estar ahí y la pasmosa línea de sus muslos (¿cómo se sentirá estar entre ellos, valdrá la pena?), su nombre, de lejanas asonancias. ¿Quién o qué la trajo hasta aquí? Se inclina del todo de espaldas a mí, en la posición que más me gusta, como si *supiera*, y recoge una naranja cuyo aroma aspira hasta el fondo de ambas; veo a plenitud sus rotundas y aún estilizadas nalgas; me invade una súbita si bien lenta sensación de deleite. La fisonomía entera del jardín cambia sin que nada se mueva, ahora es un jardín de delicias mitológico; la pieza inferior de su traje se hunde entre los promontorios de sus glúteos, como los astros y la luz en los hoyos negros, como yo. Camina por el borde de la alberca hundiendo en ella un pie de vez en cuando; tiene los ojos azules y da la impresión de haber estado sola siempre; ¿por el hecho de estar en un jardín con un fruto en la mano? Cómo quisiera saber eso, pero los movimientos de su cuerpo, indiferentes, borran a cada paso toda historia. Todo es nuevo, la luz, yo, el aire que respiro. Me siento en mi silla de trabajo y veo cómo adelanta el pie muy blanco en el agua azul y la roza apenas. Tomo la pluma y siento una antigua envidia por quienes en un instante así toman un pincel; aprieto la pluma dispuesto a tomar venganza, otra vez, hasta que siento dolor en el hueso del dedo central. Ella se introduce poco a poco en el agua surcada de pronto por una numerosa bandada de golondrinas que beben deslizándose en arco por la brillante superficie. Dejo la pluma. Las golondrinas y ella se desdénan mutuamente; la mujer nada con suavidad, sin levantar apenas el agua, en un silencio como de sueño, en un silencio mayor que yo "oigo" o más bien *veo* desde atrás de los cristales de mi ventana para siempre *pecaminosa*. El espectáculo me obliga a respirar de manera *invisible* y a caminar sin ruido, como si mis gestos fueran la imagen de alguien que no estuviera del todo ahí, una especie de espíritu no obstante vivo de manera intensa ¿Pero acaso, me pregunto, no somos todos a lo sumo

espíritu, y más aún los escritores, esa suerte de espíritus transgresores y flagrantes? Camino hacia la ventana lateral y cierro un poco las cortinas para propiciarme mayor intimidad; pero esa *aún mayor* intimidad muestra todo mi voyerismo y mi lugar de trabajo se asemeja a esta altura, me doy cuenta, a un escondrijo. Extraña vida, extraña condición. ¿Y por hacer cosas como ésta me han dado el Premio al Mejor Autor? Me invade una sensación de viva incomodidad: ¿es esto el acto de escribir, un ocultarse, un espiar para obtener así, de esta sesgada manera, otro aún más elíptico decir? ¿Por qué algunos seres humanos quieren escribir o ver el mundo como *leído*? Lo abismal de estas respuestas me mueve al menos a intentar registrar la pregunta. No dejo de ver a la mujer cuyas cada vez más bellas nalgas sobresalen del agua al nadar como una especie de escán-



dalo visual y regreso a mi mesa, en cuyo extremo veo el *Lux aeterna* de Ligeti aún sin abrir, cosa que hago. Me siento a oírlo en un sillón más confortable desde el cual puedo ver además con mayor claridad a la bañista convertida a esta altura en musa (¿pero quién le dio ese rango, quién o qué la puso en ese deslumbrante lugar: su talle, sus ojos, mi historia particular o la suya, o bien el azar venturoso e inconsciente de esta mañana de luz?). El tiempo pasa y yo me sirvo un trago muy ligero en homenaje al todo. Aspiro hondamente. Cuernavaca reverbera alrededor de ella, yo no escribo y todos salimos ganando. Luego, en otro cercano momento *se hace de noche* y queda no obstante, sin saber cómo, el escrito, como hecho de sí mismo, o de la nada. ¿Por qué las mujeres, al emerger de las aguas que sólo en sus pieles son lustrales, salen siempre Afrodita? Mira cómo escurren por ella, el objeto y tema de la creación, por todos sus lados, las gotas, el tiempo. Escojo una libreta florentina y la abro de par en par. Voy a escribir *algo*. Ella se tiende frente a mí con las piernas encogidas y abiertas, mueve la parte inferior del cuerpo con infinita deliberación, me llama, sé que me llama, como si su cuerpo me estuviera viendo con total impudicia. Pero no voy; tomo la mejor de mis plumas y veo las álgidas páginas en blanco, reclamantes. Me pierdo más que nunca. Veo su cuerpo ofertado y la página, que me piden lo mismo: mi intromisión en ellas, y sé que debo penetrar ambas como si fueran una misma. Son una misma, me digo, y me decido, y voy, penetro, escribo.

Lo que da origen al siguiente proceso. (Habla *un lector*):

Leer:

Lo más misericordioso que hay en el mundo es, creo, la incapacidad de la mente humana para correlacionar todos sus contenidos

H. P. Lovecraft

El *Libro* se llamaba en aquel instante *Genet*, aunque el día anterior había sido *Paz* y el anterior *Spengler* y me hubiera resultado imposible decir el nombre que la multiforme criatura tenía los días anteriores entre mis manos. Sin embargo yo y un incontable número de otros de mi raza (cuyo nombre o número —lo supe en el libro llamado *El Libro*— es legión) no podíamos dejar de devorar, sin el seguro riesgo de perecer, esos objetos que llamábamos panes, frutos y aun instrumentos, que constituían nuestro sustento, gracias al cual durábamos desde un tiempo a cuya naturaleza nombrábamos inmemorial, no obstante estar formada, justamente, sólo de memoria. Desde los padres de nuestros padres (esa cháchara) nos oprimía una pesada losa disfrazada de sabio consejo: alimenten con libros a sus hijos y a los hijos de sus hijos, sólo así prosperarán entre la vicisitud del tiempo; por más que a través de los tiempos contenidos en lo que en ellos se llama *historia* sólo viéramos prosperar a aquellos que no precisaban los libros para vivir, que a lo sumo los frecuentaban escasas veces en

su vida con no demasiado placer, movidos cuando más por el espíritu de la hora, por la vanidad de estar informados o bien por esa curiosidad de baja ley que se conoce como amor propio, que suele ser aun entre nosotros una pasión devastadora. Sin embargo, yo la verdad no sé, quizá fuera debido a las avidencias heredadas de una heroica infancia, no podíamos prescindir de ese alimento que en no pocas ocasiones, sea la verdad dicha, nos llegaba a parecer un inigualable manjar, propio sólo de altos paladares —los nuestros, si quiere que sea exacto.

Devorábamos, pues, poseídos por ese frenesí que no mitiga siquiera el dormir, puesto que el sueño llega a ser, las más de las veces, el lugar preferido para asimilar o transmutar en texto los mejores festines de la imagen; o, si usted prefiere, el *lagar* en el que los amargos ingredientes se vuelven las especias mismas de un saber excepcional, como registra para siempre al soñar el libro *Freud* o *Jung*, usted me entiende. He usado la voz devorar, que difiere no sólo formalmente de ingerir, que da asimilar, porque, mire, yo que precisamente siempre dudo, ahora sé que esta indetenible fagia no es de ningún modo una ritual comunión con lo tragado, cual enseñan tanto los buenos modos como el más elemental de los tratados sobre lo antiguo, sino, ¿cómo decirle? una mera degradación con lo devorado. Claro, de estas informes ordallas gastronómicas algo queda, no puede ser de otra manera, pero no necesariamente lo mejor, y además ¿cómo saberlo? las prisas no son buenas para nada.

Porque, en un decir, si usted por la mañana de hoy está embebido en un texto agobiante por razones de oficio: preparar una conferencia para la ONU —que usted no va a leer—, escribir una nota para el *Times* o para donde haya contraído compromiso, ¿con qué ánimo o desvergüenza va usted a congraciarse luego el mismo día y sin que medie ningún menajunje mediador, con una de esas poéticas de la más alta gracia y desesperativa compasión como son el *Genet* que antes le decía o un *san Juan*, ambos cargando tamaña cruz? Digo, eso además de que se le atravesara el diario, los rumores telefónicos o las noticias de la televisión? ¿Quién o qué tendrá que ser usted para pasar en un día, o de un rato a otro, de su *Novalis* matinal que vuelve innecesaria toda oración —o blasfemia— mañanera, a uno de esos turbios enredadores de lo muy simple, como *Eco*, *Lacan* o *Casarrubias*? Digo, en caso de que tenga que dar una charla sobre lo mismo en el Club de Industriales, al que no sería usted invitado (¿con esos Tamayos!) si no lo convocaran a *ilustrarlos*.

¿Cómo puede un entendimiento prosperar o realizarse si se tiene que mimetizar sin fin o desplegar a cada instante, para asimilarlo, el abanico que va de lo trágico a lo caricatural, de la nobleza y generosidad a la abyección? En el entendido de que no nos referimos a esa deplorable raza de cómicos de la lengua, del decir y del existir, que son como el teclado de las humanas emociones, sino de inteligentes, cultos, sensibles y receptivos lectores, víctimas cautivadas de todo cuanto acontece en el papel, que es el mundo, ya que "*tout aboutie en un livre*", como dijo el *Dueño de la Imprenta*. Nosotros las polillas sagradas del papel, de la letra y aun del significado, devora-

mos no obstante para que esa otra raza, la de los escribientes, siga alimentándonos. Extraño círculo. Algunos hermeneutas han llegado a proclamar nuestra primacía (de nosotros, las polillas) sobre los que escriben, y erigido para demostrarlo uno de los más conmocionantes *dictums* conocidos por los hombres: *En el principio era el Verbo*, que, como es sabido, no está escrito; está, sólo leído.

Dije antes polillas y añadí el calificativo sagradas porque sin nosotros, lectores, faltaría al género humano una de sus funciones esenciales: la del devoramiento incesante, que es condición de todo renacer y que consagra por sí mismo ese acto cuyo sentido no estoy en condiciones de desentrañar, puesto que el ser humano no es diferente en esencia de cualquier cosa que devora. Devorar es lo divino, lo sobrenatural, lo *terrible*. El comer, quitar la piel, paladear o saborear, manías de civilización.

Porque, veamos: ¿qué cosas tensas, difíciles y enmarañadas van a producirse en usted al encontrar juntos a *Montaigne* o a *Rabelais* (pronúnciese rabelais) con *Rigoberto Romero de Terreros*, de padres andaluces aunque adecuada educación? O lo que ocurrirá si tiene que pasar por aceleradamente que sea —en esta vida moderna— de *Melville* a quién sabe qué churros con chocolate, de *Dostoievski* a *Paco* hijo y papá de *Paco*, o de *Rimbaud* al *otro*? Pero no es preciso extremar los ejemplos —también aquí hay una ética—, baste pensar en lo infernal que resulta emprender esta intrincada serie de combinaciones, comprendidas las estrictamente temáticas. O bien otras de muy distinto signo, por ejemplo: si usted, por *mor* de su arte, se encuentra como en la Arcadia inmerso entre los bucólicos y líricos griegos y el teléfono repiquetea y usted descuelga y le dicen que urge el ensayo sobre la patología política y sus nexos con los poetas vernalcruzados que esa rara asociación de médicos —pero que ya le pagaron— le encargó para el lunes siendo hoy sábado, ¿qué va usted a hacer? Enloquecer, sin duda, si se trata, como es su *caso*, de una persona honesta. O podría tratarse de ese venturoso instante en que, otra vez *usted*, después de años de incapacidad (que usted llama preparación) para leer la *Ética* spinoziana, al fin accede a ella. Todo dispuesto —*more geometrico*— en su adentro y su afuera y, una vez avistadas la composición y estructura de sus (de ella) partes, sus proposiciones, demostraciones, corolarios y escolios en los que el filósofo nos explica las causas de la impotencia y la inconstancia humanas y por qué los hombres no observan los preceptos de la razón, cuando, en *ese* instante, recibe como Mozart la visita de un embozado (en su impudicia) personaje que le trae la encomienda de hacer un encomio —junto con un *cheque* por una cantidad que aliviará por años sus penurias— de la ética del partido en el poder. Usted no pronuncia palabra, pero toma el cheque y cierra, ahora sí para siempre, el *libro*.

Pero claro, al cabo de cierto tiempo nadie, y usted menos que nadie, se acuerda y ahora, ahito de bienestar, abre otro libro y otros más (pero ya nunca el de *Spinoza*) y aun regresa a esas librerías de las que, no obstante lo pasado, sale usted tonificado a un grado que no logra darle ningún otro espectáculo,

táctil, sonoro, visual, y con al menos otro nuevo libro en su haber, un libro que desde hace años quisiera haber ya devorado —¿y no es esa acaso, como en el amor, la condición propia del acto de leer, un puro constatar, un eterno saber lo que ya se sabía?—, sensación que experimentó desde el instante en que se enteró de la existencia de ese libro. “No me buscarías, si no me hubieras ya encontrado”, recuerda, a la vez que se repite que de ningún modo es usted cristiano, que usted sólo *Nietzsche* y los griegos y hasta otros franceses francamente nazis como el simpatiquísimo *Céline*, o el no menos francés *Drieu*, o *Rilke* “el Enemigo de Cristo”, a los que usted disfruta y comparte con algunos —cada vez menos— amigos, tanto como con otros a *Greene* (*Graham*), *Ekhart*, *Green* (*Julian*), *Silesius* (el *Ángel*), y la mera verdad a la mitad al menos de los superfascistas autores de la BAC, que en su familia (la suya) llaman *Padres de la Iglesia*. (En medio de los cuales alguien puso a *Bukowski*.)

Tensado por semejantes extremos, ¿cómo se forma una persona, un lector? Por lo que le cuento, deformándose, parece; es decir si usted tiene la extraña fortuna de poseer una biblioteca, del tamaño que sea. Entonces, ¿para qué leer y, sobre todo, leer *tanto*? Si ya Platón había advertido contra el peligro de las excesivas lecturas en una época en que casi no había libros y poquísimos entre los incomparables helenos sabían leer, es claro que nosotros andamos peor que mal (y aquí un secreto de Eleusis: *es necesario ignorar*. Pero no vaya a decir que yo se lo dije; aunque, como en estos tiempos no se sigue a la verdadera sabiduría... ignórelo). Sólo los que saben sin leer conocen la extensión de la más atávica de las pasiones: la pasión del no saber.

Mire: hablando de difíciles contigüidades así en la mente como en los estantes, ¿qué (margallate) se hace cuando usted pasea su mirada —y, al hacerlo, está leyendo— sobre los lomos de sus *Wittgenstein*, que si bien convive a un lado con un *Ayer*, un *Russell* o un *Moore*, no así con el otro donde hay tantos cursis nietzscheanos y donde también, por razones de penuria que otros llaman espacio (si su biblioteca no rebasa los cinco mil) cohabita apretadamente con los metafísicos ingleses y los poetas del *Dolce Stil Novo* ambos por igual depravados? O cuando ve que Dumezil y Eliade (que no se *aguantan*) se ven flanqueados por *Truman Capote* y los apremios Nobel *Jacinto Etchegaray* y *Camilo José* y usted no puede hacer nada por separarlos. ¿Se imagina que no puede haber disintimiento y aun violencia en esa infinidad de torvas cercanías dictadas trágicamente no sólo por la sobrepoblación biblia en un reducido espacio estanteril, sino por la ausencia de orden de gusto, por la ignorancia o la *merda* desidia que no quiere ni sabe separar a *Carlos Fuentes* de *Octavio Paz* o a éste de *Elena Garro*?

¿Qué puede ocurrir con la incipiente vocación filosófica de su hijo si ve apiñados a *Leopoldo Zea* y a *Friedrich Nietzsche*? ¿Cree usted que *Dante* lo llegará a perdonar, Él, que tan mal se llevaba con todo el mundo, con güelfos y gibelinos, al verse en su casa —que también es la *suya*— colocado por razones para él eternamente espurias, entre los poemas del actual *papa*, los de *Carolina Invernizzo* y los de esa poetisa que además de que

está muy buena es su vecina? *No hay lugar* no es una excusa, es una utopía. Así como lo infinitamente grande se corresponde con lo minúsculo, así el exterior es reflejo del interior y es ahí donde no tiene usted lugar para albergar en forma debida esa masa que adentro —como lo ve usted afuera— es un pavoroso caos que no alcanza a ser universo.

Está lejos de mí la intención de plantear la propuesta de que leer sea imposible. Lo que quiero decir es que desde siempre se sigue al hacerlo un método *incorrecto*. Contemple con serenidad si es capaz por un instante, esa desenfadada confusión que es *por necesidad* su biblioteca y se dará cuenta para siempre que más le habría valido no haber leído jamás un solo libro. Sin mencionar los océanos de árboles talados desde la Era Gutenberg (es decir desde el fin de la Edad de Oro) hasta nuestros días y colegirá que es mejor no haber nacido (aunque para esta sabiduría no se requieren tantos libros). La otra noche me habló usted con sobrada elocuencia del carácter múltiple del conocimiento —empleó usted la voz *multi-forme*, lo recuerdo—, de la ínsita ramificación de todo saber y de la multiplicidad de obras —libros— que lo expresan, “lo contienen”, dijo. No; le pido que me comprenda: leer *no* es saber, más bien sería su contrario; no es siquiera conocer. Es apenas un paso, uno de ellos y no por necesidad el más seguro, para acceder a un cierto rumor del mundo. Quizá al decir esto sólo estoy buscando su complicidad o, peor, su compasión. Porque nosotros —y créame que sé lo que le digo—, la sobreelaborada raza de los que leen, *no podemos* dejar de realizar esta función que tal vez nos aleja como ninguna otra de la sabiduría (como nos enseñan por otra parte los mejores libros de la humanidad, sin excepción). Quizá somos el lastimoso ejemplo de lo que no se debe hacer, como han dicho siempre los que llevan a sus lechos a las más hermosas; aquellas a las que hacemos los bellos versos que a ellas placen un instante y que tal vez piensan lo mismo que sus amos y amantes, sus verdaderos *servidores*. Leer, como escribir, como hacer y conservar libros, no es acaso sino una acción que preserva ciertas formas de la inútil memoria para los *verdaderos* hombres, para los dueños y formadores del mundo; para los que son Alejandro de Macedonia, que no leía libros y que nunca hemos sido nosotros. “El mundo es para los que nacieron para conquistarlo / no para los que sueñan que pueden conquistarlo / aunque tengan razón”, dijo uno de los más lúcidos y desolados (es lo mismo) de los nuestros. ¿Ve para qué sirve alguien como yo? Para recordarle a alguien como usted lo que usted sabe sin letras y encarna mejor que yo. No es tan alta función. Y además, ¿qué sería saber? “Saber —dijo uno de los muy buenos entre nosotros, Paulo Cayo Valeryo Máximo— no es *saber*, es tan sólo *poder*”.

Y sin embargo nosotros conoceremos sólo ese poder a través de la lectura y quizá nuestro (eterno) poder consista en ser contrapeso de ese otro, su invencible oposición y resistencia. En esta fragilidad se encontrará, quizá nuestro único poderío, ya que fue también en un libro (que siempre es un secreto) donde supimos que todo termina en, porque todo comenzó